



Capítulo 10

EN BUSCA DE RECONOCIMIENTO

Reflexiones desde el Perú diverso

María Eugenia Ulfe y Rocío Trinidad
Editoras

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

305.800985 En busca de reconocimiento : reflexiones desde el Perú diverso / María Eugenia
E Ulfe y Rocío Trinidad, editoras.-- 1a ed.-- Lima: Pontificia Universidad Católica del
 Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
 300 p.: il., retrs.; 21 cm.

Ponencias presentadas en el Seminario Internacional «Políticas de Reconocimiento,
de Diferencia y de Ciudadanía», realizado el 30 y 31 de octubre de 2012 en la Pontificia
Universidad Católica del Perú.

Incluye bibliografías.

D.L. 2017-05988

ISBN 978-612-317-264-0

1. Etnología - Perú - Ensayos, conferencias, etc. 2. Identidad cultural - Perú
3. Comunidades campesinas - Perú 4. Sociología rural - Perú 5. Movimientos sociales
- Perú 6. Democracia y Estado - Perú 7. Participación ciudadana - Perú 8. Derechos
de la personalidad - Perú 9. Etnicidad - Perú 10. Antropología visual - Perú I. Ulfe,
María Eugenia, editora II. Trinidad, Rocío, editora III. Pontificia Universidad Católica
del Perú IV. Seminario Internacional «Políticas de Reconocimiento, de Diferencia y
de Ciudadanía» (2012: Lima, Perú)

BNP: 2017-1499

En busca de reconocimiento: reflexiones desde el Perú diverso

María Eugenia Ulfe y Rocío Trinidad, editoras

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Imagen de portada: Diego Fernández Stoll

Diseño, diagramación, corrección de estilo

y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-05988

ISBN: 978-612-317-264-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361700580

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

SALUD MENTAL COMUNITARIA: UNA FORMA DE TRABAJO BASADA EN EL RECONOCIMIENTO

Tesania Velázquez

Pontificia Universidad Católica del Perú

Evelyn Seminario

Pontificia Universidad Católica del Perú

La salud mental entendida de una manera integral incluye dos dimensiones, una conceptual y otra política. La primera enfatiza su carácter dinámico producto de la interacción de las personas con su entorno (Velázquez, 2007b); la segunda la concibe como un derecho humano y, bajo esta cualidad, se hace exigible a los Estados (Castellón & Laplante, 2005). A partir de estas premisas, se deben de plantear políticas públicas en salud mental que respondan al encuentro entre personas, en las cuales se reconozca que cada actor involucrado tiene una manera particular de pensarse y ubicarse en el mundo. Para lograr este fin, es necesario realizar intervenciones comunitarias que recojan los saberes previos de personas y comunidades y que, al mismo tiempo, busquen entender las necesidades y recursos que poseen estos actores.

En el contexto peruano, diez años después de la entrega del *Informe Final* de la Comisión de la Verdad y de la Reconciliación (CVR), a pesar de los esfuerzos de algunos sectores para seguir las recomendaciones de la CVR, no se ha avanzado lo suficiente en el marco de reformas institucionales que promuevan una salud mental de carácter intercultural.

Este artículo propone un modelo de trabajo fundado en el reconocimiento positivo de las diversidades, en el encuentro intersubjetivo que busca abrir paso a diferentes maneras de entender el continuo de salud y enfermedad. De este modo, se reconoce expresamente la existencia de otras concepciones sobre la manera de enfermar y sanar, los medios para hacer frente a la enfermedad y aproximarse a la salud mental. Por lo que se entiende que estos matices responden a diferentes matrices y tradiciones culturales existentes en nuestro país. En este sentido, solo se puede concebir la salud mental y el bienestar si ellos están anclados en la «cultura» (producción de significados que hacen inteligible la realidad) y en la «comunidad» (experiencias y formas de organización social). Frente a esta compleja tarea, se propone trabajar desde la intersubjetividad y con un enfoque comunitario que sumados a políticas de reconocimiento, podamos colaborar con otros y al mismo tiempo construir una experiencia colectiva integradora, un «nosotros» pleno.

1. LA CONSTRUCCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD Y LA INTERSUBJETIVIDAD

En la construcción de nuestra propia subjetividad, el «otro» importa, pues entra a ser parte de esa misma subjetividad, hasta el punto de que la afirmación del propio sujeto no puede entenderse sino como afirmación del otro en la intersubjetividad (Dussel, 1999). En consecuencia, la propia subjetividad «se descubre», desde el nacimiento, en la relación con el otro. Acorde con ese marco conceptual, la construcción de nuestra mismidad se puede entender desde una dimensión ética relacional; es decir, parte de relacionarnos con otro en condiciones de igualdad y respeto, lo que incluye la responsabilidad que cada persona tiene respecto de la otra, lo que significa no solo una relación con el otro sino una imbricación. En palabras de Dussel, «¡Ama al Otro porque él/ella es tú mismo!», o «[...] porque tú eres él/ella mismo!» (1999, p. 5).

La intersubjetividad plantea una relación en que cada uno de los participantes tiene una subjetividad: una manera de construir de a dos;

en la existe un yo agente, con capacidad de relación intersubjetiva desde los primeros meses, que se relaciona de manera activa con otro. En términos de Bollas, la estructura de los objetos de alguna manera metamorfosea nuestro mundo interno y deja una huella en nosotros, produciéndose un encuentro donde la subjetividad es conformada de nuevo en cada encuentro (1987).

Benjamín reformula la función materna en el desarrollo y plantea que no solo la madre tiene función de contención, sino que también favorece al reconocimiento y la posibilidad de mirar al otro y desde ahí rescatar su subjetividad (1998). Es decir, retoma el vínculo primario para plantear que el niño/a se construye desde el otro y en el otro. En ese sentido, la misma autora señala que los límites del yo son permeables pues este se constituye de manera recíproca en relación con el otro, dependiendo del reconocimiento del otro. Este reconocimiento solo se puede tener en tanto el otro afecte al propio yo. En la misma línea, Santisteban plantea que la mente humana está hecha de interacción y de vínculos, ya que el yo se construye a partir de los otros significativos (2008). Por tanto, una aproximación intersubjetiva debe basarse en el reconocimiento del otro.

Este reconocimiento del otro como parte de uno mismo no elimina las diferencias, pues no busca suprimir las identidades ni generar una actitud discriminatoria. Por el contrario, reconocer al otro es otorgarle la categoría de persona y evitar que se le ubique dentro de una categoría impuesta que formalice la violencia simbólica (Bourdieu, 1996). Efectivamente, la subjetividad permite comprender el sentido y significado de la singularidad y la particularidad como soportes de la individuación de cada sujeto en el engranaje de la diversidad humana (Palacio, 2006).

A partir de esta concepción de persona nos interesa el encuentro intersubjetivo, aquel espacio y momento donde se construye una nueva relación, donde hay dos, cada uno con una subjetividad propia. Si bien, al inicio se niega la diferencia, esta nos confronta y nos implica; luego, nos influye y redefine nuestras identidades. Creemos central entender cómo

se reproducen las cosas entre las personas y en las sociedades, a partir de las experiencias relacionales y el encuentro con el otro (Velázquez, 2007b).

Trascender lo intrasubjetivo e introducirnos en la intersubjetividad permite entender a la persona ligada a su historia y a su entorno actual, abierto para ser permeado por el otro; donde cada subjetividad es re-definida en cada encuentro. Más aún, esta es una necesidad en un país como el nuestro, multicultural y diverso.

2. EL ENCUENTRO EN MEDIO DE LA VIOLENCIA

El *Informe Final* de la CVR señaló que las principales víctimas del Conflicto Armado Interno (CAI) durante las décadas pasadas fueron los pobladores quechuahablantes de las zonas rurales del Perú, especialmente aquellos que residían en la zona de Ayacucho. El informe evidencia que existieron diversas situaciones sociales que facilitaron el CAI, como la exclusión, discriminación y abandono de las comunidades rurales y más pobres (2003).

Las secuelas de los conflictos armados internos prolongados, como el vivido en el Perú, son devastadoras. Algunas se relacionan con ámbitos económicos y, al mismo tiempo, existen otras de carácter individual y social. A nivel personal, aparecen emociones negativas, daños a la identidad, problemas psicológicos y psicosociales (2003, Rodríguez, 2009). El daño social incluye la destrucción de los modos de vida tradicionales, la desintegración de vínculos familiares, la alteración de la convivencia, la estigmatización social y el desplazamiento involuntario, entre otros efectos nocivos (CVR, 2003, Rivera & Velázquez, 2008). Por todo ello, una de las secuelas del CAI es la desconfianza (Comisión de Entrega de la CVR, 2004; Theidon, 2004; Laplante & Rivera, 2006). Esta emoción podría generalizarse no solo hacia extraños (pobladores de otras comunidades), sino también al interior de las comunidades. Por ejemplo, al interior de las comunidades, unos y otros se acusaron para sobrevivir y, hoy en día, en la comunidad conviven opciones

contrapuestas (exmilitares, exsenderistas, personas con diferentes creencias religiosas) que dificultan no solo las relaciones interpersonales, sino que tienen efectos en el ámbito comunal.

Es importante precisar que la desesperanza, la desconfianza, la rabia y el dolor todavía forman parte del presente de muchas comunidades. Estas emociones generan miedo como un sentimiento cotidiano, el cual podría asociarse a la vivencia de inseguridad (Santisteban, 2008) y a la violencia social en la cual estamos insertos (Thorne y otros, 2011).

Asimismo, las injustas situaciones sociales que facilitaron el conflicto (discriminación, marginación y violencia) son condiciones que prevalecen hasta el día de hoy y generan malestar psíquico. Estos contextos, se basan en el no reconocimiento de la diferencia y, por tanto, en la anulación de la existencia del otro. Por ello, como señala Mujica, si la vida del otro carece de valor, uno no es responsable de dañarla y emerge la impunidad (2008). El mismo autor sugiere que un contexto agresivo en donde el otro es sinónimo de peligro naturaliza el comportamiento impune.

Frente a la realidad descrita, se propone que las propuestas de intervención en salud mental cumplan con dos características. Por un lado, tener un abordaje interdisciplinario e interinstitucional y, a su vez, realizarse en el marco de enfoques que apuestan por trabajar desde la diferencia y desde el encuentro (GTSM, 2006). El encuentro es entendido como la posibilidad de conocer al otro y dejarse impactar. Es decir, transformarse en la relación, una aproximación para generar convergencias.

Es importante resaltar que la atención en salud mental comunitaria tiene entre sus objetivos principales el restablecimiento de la integridad psicológica de las personas y el fortalecimiento de las redes de apoyo social (Rodríguez, 2009). Como señala Rodríguez, un modelo de salud mental comunitaria favorece estrategias que centran su atención en acciones con las colectividades y con la participación de sus líderes, sin que esto signifique obviar las intervenciones individuales y familiares.

En síntesis, el modelo de la intersubjetividad puede ser un camino para el desarrollo de intervenciones en salud mental comunitaria dado que se comienza a reconocer al otro en su ser diferente y, a partir de la diferencia, generar posibilidades para un encuentro. Por tanto, no se trata de invisibilizar o negar las diferencias; por el contrario, hay una implicación subjetiva del profesional. Esta subjetividad debe ser consciente, y se debe instrumentalizar y poner al servicio del trabajo junto a individuos y comunidades.

3. LA PSICOLOGÍA COMUNITARIA: PRAXIS Y RECONOCIMIENTO

La psicología comunitaria tiene como objetivo principal el estudio de los factores psicosociales que permiten desarrollar, fomentar, y mantener el control y el poder que los individuos pueden ejercer sobre su ambiente individual y social para solucionar problemas que los aquejan y, de este modo, lograr cambios en esos ambientes y en la estructura social (Montero, 2004). Sobre la base de una competencia intercultural, el trabajo de la psicología comunitaria está orientado hacia la justicia social, por lo que desde una perspectiva ecológica, busca el desarrollo tanto de los individuos como de las comunidades que nutren la existencia de los sujetos (Lewis, Lewis, Daniels & D'Andrea, 2011). Esta aproximación se hace imprescindible para abordar la violencia y sus implicancias en el bienestar de las personas y las comunidades.

Es importante tener en cuenta que el malestar social se origina en las condiciones adversas creadas por sistemas sociales. Por tanto, para realizar intervenciones exitosas, se debería inferir sobre las instituciones que facilitan o favorecen dichas situaciones (Martín-Baró, 2000). Como propone Martín-Baró, los problemas mentales, no corresponden solamente al individuo, sino a las relaciones del individuo con los demás en un medio social determinado. En ese sentido, se podría pensar que así como el malestar se origina en las situaciones desfavorables, las mismas relaciones comunitarias pueden colaborar o facilitar contextos para que

estas condiciones sean transformadas (2000, Montero, 2004, 2006 y 2010). Por lo anterior, la práctica comunitaria, y en especial la psicología comunitaria, privilegia la acción para la transformación. Es decir, se parte de las necesidades y fortalezas de los individuos y comunidades, y tanto los investigadores o facilitadores acompañan los procesos de los participantes de empoderamiento y cambio (Montero, 2004 y 2006).

Si entendemos a los sujetos y comunidades en su contexto cultural e histórico, un concepto útil para pensar y comprender las transformaciones tanto individuales como colectivas es el de «memoria colectiva». Esta memoria colectiva puede ser entendida como el conjunto de representaciones sociales que un grupo construye y transfiere sobre su pasado y que permiten organizar y, al mismo tiempo, simbolizar el recuerdo, así como guiar el accionar tanto individual como colectivo (Halbwachs, 1992; Jelin 2002; Páez y otros, 2007). Al estar organizada dentro de marcos sociales, la memoria colectiva tiene un carácter fundamentalmente relacional (Halbwachs, 2004), es situada y entendida a través de códigos culturales compartidos y mediatizada por relaciones de poder (Jelin, 2002). Su carácter, principalmente, colectivo se relaciona con el entretrejo de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante (2002). Si se toma en cuenta que la exposición a la violencia daña la capacidad de elaboración, se podría considerar formas de procesar lo vivido tanto individuales como sociales. Por un lado, en un nivel individual, la recuperación de los recuerdos y experiencias dolorosas; por otro lado, al nivel societal, facilitar el reconocimiento político y social de aquellos acontecimientos y de sus responsables (Dobles, 2009).

De lo anterior se desprende que aquellos trabajos desde la psicología comunitaria que fomentan la movilización comunitaria y promueven narrativas que fomentan el empoderamiento de los sujetos y comunidades son necesarios en sociedades que han vivido una experiencia social traumática, como el CAI peruano.

4. DOS MOMENTOS HACIA EL RECONOCIMIENTO: DEL DIAGNÓSTICO A LA ACCIÓN COMUNITARIA

A continuación, se articularán los diferentes conceptos teóricos descritos en dos materiales que responden a experiencias distintas, pero que representan momentos de un proceso de reconocimiento. Ellos abren un panorama para la creación de políticas públicas de salud mental comunitaria que planteen el reconocimiento positivo de la diversidad y el encuentro como elementos nucleares en sus lineamientos.

Ambos materiales comparten una técnica gráfica pues son dibujos que expresan la posibilidad de comunicar una vivencia personal, pero también colectiva y social. Se trata de una técnica de expresión libre con carácter testimonial (Jara, 2007). En los dos casos, el dibujo constituye una forma alternativa de formalizar y expresar temas muy dolorosos, que difícilmente pueden ser representados por otros medios. Además, los dibujos se convierten en trozos de memoria viva y singulares documentos históricos que desafían nuestra comprensión racional y sensorial de los impactos sociales de la violencia. En nuestra tradición académica sobre las representaciones del CAI, se ha privilegiado el análisis de discursos orales o escritos (muchas veces, testimonios) o de manifestaciones artísticas propias de la alta cultura (poesía, novelas, pinturas, intervenciones); por ello, urge recuperar materiales culturales de otra índole que producen nuevos significados sin someterse a las exigencias del lenguaje codificado o a marcos artísticos establecidos, pero que al mismo tiempo, promueven el diálogo entre diversos actores.

4.1. Momento 1: La Hoyada

El material que presentamos se configura como el Momento 1 por tratarse de un diagnóstico psicosocial actual de la situación de abandono, frustración e impotencia de las personas que vivieron de manera directa el CAI. Recoge el malestar social pasado y presente, así como el impacto en el tejido social, el cual se mantiene aún fracturado.

Este material fue obtenido en un grupo focal, llevado a cabo con mujeres y hombres afectados de manera directa por el CAI en la ciudad de Huamanga, realizado en 2012 como parte de la fase cualitativa de una investigación mayor denominada «Impacto Psicosocial de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación en el Perú»¹.

Los ejes generales de indagación en los grupos focales fueron el período de la violencia y sus efectos, el trabajo de la CVR, el *Informe Final* de la CVR y su contenido y, finalmente, se indagó sobre el perdón, el olvido y la reconciliación. Como parte de cada grupo focal, se dividió a los participantes en dos grupos y se les pidió que dibujaran aquellas percepciones o emociones que la conversación había suscitado en ellos y que no habían podido comunicar a través de la palabra durante el tiempo de conversación grupal. Además, se les pidió que al finalizar el dibujo presentasen una historia sobre el mismo.

Fueron once participantes los que estuvieron en este grupo focal, la edad promedio era de 51 años, la mayoría fueron mujeres (73%). Se trata de un grupo en el que la mayoría pertenecía a alguna organización de afectados por el CAI. Ellos participaron convocados por el Instituto de Opinión Pública (IOP) de la PUCP para la investigación mencionada. Se les ofreció la posibilidad de ser escuchados de manera individual si así lo requerían, así como mantener la confidencialidad sobre los nombres y los roles en la organización.

¹ La investigación fue llevada a cabo por el Departamento de Psicología de la PUCP y por el IDEHPUCP, gracias al apoyo de la Dirección General de Investigación de la PUCP.

Figura 1. *Sin título*



Foto: Evelyn Seminario.

Participante 1:

Bueno nosotros hemos dibujado... acá en el centro están los militares llevando a la población, con su carro están llevando a las personas. Acá un señor ya está muerto, una mujer también, este carro va a llegar acá; también ya está helicóptero ya está llegando, pero matando a la gente ¿no?, entonces después cuando se encontraron las fosas comunes, estas personas van a ir a exhumar, con los antropólogos, o si no ministerio público nomás, van, aquí siempre van las personas de la comunidad, entonces aquí están las fosas comunes y están enterrados, ya están salvando huesos, calaveras. Así, ¿no?, es una población, ¿no? Y hay por ejemplo un árbol, este árbol ya es otro, ¿no? Yo siempre este árbol me gusta dibujar porque

yo cuando buscaba a mi esposo por Aconte, había un molle grande, entonces, en ese molle siempre yo me sentaba porque cuando yo llegaba temprano, cuando ya era las diez de la mañana, el aire siempre para arriba soplaban, el olor de las personas cuando botaban llegaba ahí, entonces con eso empezaba a buscar. Dónde están esos muertos, de repente por ahí está mi esposo, entonces este árbol siempre yo me recuerdo. Entonces, así es la comunidad siempre hemos sufrido, siempre entraban los militares; cuando entraban los senderistas, lo mataban a una persona o algo lo dejaban su pinta, la población pagano era, cuando entraban «ustedes seguramente habrán visto», «por qué han hecho esa pinta», «por qué lo han volado a esta persona», «ustedes son, le apoyan los terroristas», así a las personas las sospechosas de frente lo disparaban. En la comunidad siempre eran pagano de ese conflicto armado, campesinos más que nada.

Participante 2:

Bueno señoras, yo he dibujado todo lo suscitado en el año 84, es una feria, sabatina, esos dos encapuchados ya lo han decapitado, ya lo han sacado la cabeza de mi tío, mientras asesinaban a mi tío, mi mamita, mi abuelita estaba llorando, pidiendo, por favor no lo maten a mi hijo es inocente, no lo maten, no lo maten, está llorando. Luego está igual con la cabeza, lo decapitan ¿no? Están los decapitados y los dos toros que quedaron están ahí, luego está el hoyo, donde yo estoy encontrándolos a dos horas de nuestra comunidad. Eso es todo lo que puedo decir, son terroristas que lo asesinaron a mi familia.

Gráficamente, el dibujo segmentado expresa dificultad como grupo de construir una historia colectiva. Este material nos muestra que el impacto del CAI se evidencia en una fractura social, que es el reflejo de una fractura interna. Se trata de una brecha que llega incluso a trazarse en forma de límites concretos en el dibujo. En el medio de las dos líneas ondulantes se ubica en esa tierra de nadie un sol dividido

que tiene un lado amarillo y un lado negro ¿quién pintó ese elemento? ¿Fue un trabajo colectivo para marcar la diferencia de las dos narrativas representadas gráficamente? El sol con rayos y brillo tiene un medio lado negro o es el sol negro el que posee su contraparte de luz. En todo caso, existiría una unidad contradictoria que no se articula, ni «dialoga» entre sí; solo deja testimonio de su dualidad y de su impenetrabilidad ante su otra mitad.

Como se señaló anteriormente, una de las secuelas del CAI es la desconfianza (CVR, 2003; Theidon, 2004; Laplante & Rivera, 2006) y la dificultad en el establecimiento de los vínculos; así como una mirada pesimista y triste de sí mismo y del entorno. Por otra parte, el acto interpretativo de cada grupo social sobre eventos violentos predispone al recuerdo de estos hechos en función de los propios proyectos y expectativas de futuro, y da lugar a relatos sobre el pasado vinculados a significados y sentidos específicos (Barrantes & Peña, 2006). Se evidencia que no ha sido posible elaborar el daño psíquico interno y que aún no es posible la elaboración de un «nosotros». Cada participante tiene una historia que compartir y es imposible articular y establecer un diálogo para generar otra que pueda incluir, en cierta medida, las narrativas de todos los actores.

En el dibujo que describe el participante 1, las figuras de los militares aparecen más grandes que las de los campesinos, sus rostros están cubiertos de pasamontañas y visten prendas oscuras; ellos apuntan sus armas contra los campesinos, vestidos con prendas de colores. La ubicación de los militares (abajo y a la derecha) se encuentra en una posición antagónica al árbol del molle (arriba y a la derecha); la oposición muerte/vida se expresa así en la disposición espacial del dibujo de estos dos elementos centrales. Más a la derecha de los militares, se hallan los muertos y los restos de la fosa común; es decir, el resultado de la violencia. Nótese la condensación del tiempo expresado en esta sección del dibujo: el presente de la violencia en el primer plano, la consecuencia inmediata (el cuerpo herido de bala) y el futuro, las fosas

comunes excavadas y el hallazgo de los huesos de las víctimas. El dibujo alegoriza cabalmente la simultaneidad del tiempo del dolor que no se puede fragmentar en secuencias temporales diferenciadas. En el extremo opuesto, el imponente árbol florece, más abajo una pequeña parcela cultivada: es el tiempo de la Naturaleza, el tiempo cíclico de economías agrarias. Sin embargo, ese orden idílico se quiebra por la irrupción de un helicóptero que gráficamente aparece muy pequeño —esto se explica por la perspectiva del dibujo, está visto desde abajo, desde la tierra—, pero anuncia la destrucción. La tecnología militar del helicóptero desde los aires amenaza el tiempo de la Naturaleza, destruye el ciclo de la vida.

En el plano discursivo, el participante 1 narra la represión militar indiscriminada contra los campesinos, ellos son las víctimas tanto de los militares como de los senderistas (reveladoramente no hay representación gráfica del sujeto senderista en su dibujo). En su relato, ella enfatiza la violencia de los militares, percibidos como sujetos extraños que llegan a la comunidad campesina con tecnologías de destrucción (armas y helicópteros). Sin embargo, lo más extraordinario del testimonio es el vínculo que ella, la narradora, establece con el árbol. Este no solo le ofrece sombra y descanso, sino que le «trae» los olores de la muerte, la conduce hacia la fosa donde yacen sus seres queridos. En el mundo andino, la relación con la naturaleza no se rige por la racionalidad instrumental y este discurso es una prueba que incluso en situaciones de desastre social, ese vínculo horizontal y sensorial con la naturaleza no se pierde. El árbol contribuye decisivamente con la reparación de la violencia pues ayuda a la sobreviviente a encontrar el cadáver buscado y así poder iniciar el proceso de duelo. En el relato, se remarca la calidad de víctimas de los campesinos entre dos fuegos, lo que puede ser consecuencia de una comprensión del fenómeno o también de las irradiaciones del discurso difundido por la CVR.

Es importante considerar que las narrativas y las memorias versan sobre múltiples aspectos de una experiencia social. Así, la comprensión de un proceso de violencia está compuesta de múltiples dimensiones, como son los orígenes, responsables, hechos, actores y causas, del mismo (Reátegui, 2010). La experiencia de violencia impacta de forma diferenciada en las personas, la posibilidad de tramitar el dolor y la rabia también ha sido diferente y depende de muchas circunstancias personales y sociales, lo cual se evidencia en la necesidad de mostrar diferentes vivencias e interpretaciones de la misma.

Si nos detenemos en la otra sección del material (el dibujo del participante 2), tenemos la representación gráfica de las ejecuciones contra campesinos ricos desarrolladas por Sendero Luminoso. La calidad socioeconómica del campesino está representada por los toros que lo acompañan; los senderistas (también más grandes que sus víctimas) están encapuchados y armados con cuchillos o machetes, en estricto, se asiste a la representación gráfica de un degollamiento. En toda esta sección, como en el caso de los dibujos de Guaman Poma, la palabra contribuye con la significación. La oralidad del mundo andino está desde hace siglos interferida por la escritura y da lugar a documentos híbridos como el dibujo que analizamos. La palabra sirve para explicar el sentido de la muerte, como en el letrero que tienen las víctimas: «¡Así mueren los soplones!», que remite a un lema muy empleado por los militantes senderistas en el campo; la palabra nombra y determina los lugares geográficos con precisión, como en el nombre de la comunidad y en el de «El Hoyo» para referirse al lugar donde yacen enterradas las víctimas. En este dibujo no hay redención ni consuelo. Por su parte, el discurso narrativo ratifica la perspectiva del dibujo que acusa a Sendero, como agente de la violencia y la destrucción e incluso data temporalmente el acontecimiento narrado. Es un discurso mucho más estructurado que el otro y narrado con mayor precisión y racionalidad occidental, el dominio de la escritura en castellano ratifica el lugar desde donde dibuja y habla el participante 2.

En el conjunto total del dibujo, además de la presencia de aspectos muy dolorosos, coexisten aspectos saludables y esperanzadores. Existen ciertas señales que dan cuenta de la alternación de sentimientos positivos y negativos, como aquel dibujo del sol que incluye dos colores; la presencia de la muerte (militares y senderistas asesinos); de la vida, con las flores del molle. La fractura entre ambas secciones del dibujo no solo remite a la diferente perspectiva que acentúa, en un caso la muerte que causan los militares y en el otro la muerte que ocasionan los senderistas, sino también a la diferencia cognitiva (andina/occidental) entre ambos participantes. La manera como se han dividido la hoja en blanco ratifica la imposibilidad de una historia común, pues la visión de una significa simultáneamente poner de cabeza la otra narrativa gráfica. Finalmente, es importante resaltar que la violencia aparece de manera recurrente y atemporal, el dolor sigue aún presente, y causa un profundo daño psíquico colectivo. Asimismo, se muestra la necesidad de evidenciar las acciones cometidas y sus responsables; sin embargo, sin un espacio para procesar el dolor, se dificultaría el diálogo y prevalecería la imposibilidad de generar un nosotros.

4.2. Momento 2: Mural de San José de Conchacalla

Para el momento 2, se presenta como material el dibujo de un mural en San José de Conchacalla, distrito de Pomacanchi, provincia de Acomayo, departamento del Cusco², comunidad afectada por la violencia del CAI, elaborado por hombres, mujeres y niños de la zona, en el marco de un programa de intervención de salud mental comunitaria.

El mural nace del trabajo realizado por la comunidad junto a un grupo de facilitadores del programa de intervención. Las acciones de salud mental en la comunidad incluyen, en un primer paso,

² Este mural fue realizado como parte de un programa de formación organizado por la maestría en Psicología Comunitaria de la PUCP, la ONG Manuela Ramos y financiada por el Fondo Ítalo Peruano.

la exploración activa y detallada de las necesidades de la comunidad (Gofin & Levav, 2009). La intervención en salud mental comunitaria se inició con un diagnóstico participativo, con el objetivo de reflexionar, con la comunidad, e identificar con ellos sus problemas y necesidades, así como sus recursos, capacidades y las alternativas de solución. Uno de los problemas detectado por los comuneros y comuneras fue el débil sentido de organización de la comunidad. Entre las múltiples causas detectadas para esta problemática, ellos encontraron que una frágil memoria colectiva alimentaba esta falta de organización y sentido de la comunidad.

El sentido de comunidad (SdC) hace referencia a la experiencia subjetiva de pertenencia a un grupo o colectividad, en la que ciertas necesidades son satisfechas y se comparte un sentimiento de mutua influencia (McMillan & Chavis, 1986). El SdC está relacionado con la participación comunitaria (Levine & Perkins, 1987), la organización comunitaria (Montero, 2004) y un incremento en los niveles de colaboración, compañerismo, y la distribución de recursos (Montero, 2004; Ríos & Moreno-Jiménez, 2012). Por tanto, el SdC es una fuente de satisfacción, empoderamiento y promueve el trabajo colectivo (Hombrados-Mendieta, Gómez-Jacinto, Domínguez-Fuentes & García-Leiva 2013; Montero, 2004). Por ello, el concepto de SdC crea formas de solidaridad y confluencia de intereses y de historias compartidas dentro de las comunidades.

Desde este marco conceptual, se realizaron una serie de acciones, por varios meses, que orientaron a la comunidad en su conjunto para expresar su memoria colectiva ante el CAI y sus consecuencias. El mural, elaborado en 2013, fue el producto final de este largo proceso de intervención y se localiza en una de las paredes del local comunitario. Fueron alrededor de treinta participantes quienes colaboraron en la construcción de este mural, tanto adultos, como jóvenes, niñas y niños, todos miembros de la comunidad campesina de San José de Conchacalla.

Figura 2. Mural de San José de Conchacalla



Foto: Equipo de alumnos del programa de formación en salud mental comunitaria para la atención de las secuelas de la violencia política.

El mural recoge cuatro etapas en la historia de San José de Conchacalla y que, desde la visión de sus pobladores, son hitos que otorgan sentido histórico, perdurabilidad cultural y favorecen la integración de los miembros de la comunidad. Las cuatro fases son las siguientes:

- El tiempo de las haciendas y los terratenientes que culmina con la reforma agraria.
- La época de la violencia política (CAI).
- La capacitación en ganadería realizada por un organismo internacional.
- El futuro, dibujado por los niños y niñas de la comunidad.

Este mural, a diferencia del anterior material, presenta no solo unidad en la composición espacial, sino una sola narrativa gráfica colectiva, cohesionada y coherente. Los efectos de la intervención de la psicología comunitaria pueden observarse en la capacidad de los pobladores de articular su propia serie histórica organizada por acontecimientos decisivos que establecen un pasado (antiguo y reciente), un presente y un futuro esperanzador.

Además, la inclusión de elementos tecnológicos, como el automóvil o la fábrica, revelan los deseos de una modernidad andina que haga suyos los logros de la racionalidad instrumental occidental. La esperanza en el criadero de truchas y en servicios turísticos como medios de lograr el progreso se inscriben en la misma dirección. Se sugiere así la posibilidad del diálogo y colaboración con actores externos a la comunidad.

Es así que las representaciones sociales del pasado, que son evocadas dentro de un marco que puede contener dolor, violencia y frustración, contribuyen con la transición de pensar en «mi historia» a reconocermé en «nuestra historia». La historia personal, gracias a la intervención de la psicología comunitaria, ya no se percibe como un recorrido aislado, sino como parte de una historia colectiva que se comprende y se valora con sus problemas y posibilidades. Por ello, identificar los periodos de crisis y la manera de afrontarlos en el mural favorece el sentido de comunidad de San José de Conchacalla (McMillan & Chavis, 1986).

Los trabajos que fomenten la memoria colectiva a través de la movilización comunitaria, en las que todos se sientan de cierta manera representados, facilitarían la elaboración del daño psíquico. En este trabajo de intervención en salud mental comunitaria, se contribuirá con la recuperación de las memorias dolorosas (Dobles, 2009), pero dentro de marcos culturales que permitan la elaboración y la contención. Es así que no se pretende la negación del pasado doloroso y violento; por el contrario, se le reconoce (tiempo de abuso en las haciendas, CAI), pero, al mismo tiempo, ese legado permite entender el presente y pensar en acciones para el futuro.

5. SALUD MENTAL COMUNITARIA: UNA PROPUESTA DE INTERVENCIÓN FRENTE A LA VIOLENCIA

En ambos materiales podemos ver vestigios del trauma psicosocial (Martín-Baró, 2000); es decir, aquellas heridas causadas por la vivencia prolongada de una guerra y cuyas raíces se encuentran en relaciones desiguales y deshumanizantes. Para intervenir en aquellas heridas que se han ocasionado socialmente, como las relatadas, se debe trabajar en las relaciones propias de un sistema excluyente y opresor que ha desembocado en una situación de guerra.

Se trata de un sistema y unas instituciones que han perpetuado un malestar social que no solo generó una guerra, sino una vivencia de dolor y orfandad producto de la injusticia e impunidad permanente y que mantiene vigente dicho malestar. Si se toma en cuenta que las condiciones adversas que originaron el dolor no han cambiado a pesar de los años, se comprende que la cotidianidad de la pena facilitaría el pensamiento repetitivo, que a su vez llevaría a conductas que tienden a mantener crónicamente los problemas psicosociales asociados a las pérdidas y dolor.

En este sentido, mientras que el primer material presenta la situación actual de muchas víctimas del CAI, el segundo hace hincapié en las alternativas que tenemos para trabajar con las comunidades. Se observa la promoción de la movilización comunitaria en la que se realiza una colaboración entre proveedores de salud y pobladores de una comunidad. El trabajo consiste en promover relaciones significativas que sean la base para la (re)construcción del tejido social (Rifkin & Pridmore, 2001).

Frente a esta propuesta de intervención, es importante resaltar que las acciones de salud mental con la comunidad incluyen, en un primer paso, la exploración activa y detallada de las necesidades de la comunidad mediante diagnósticos participativos. Estas acciones son seguidas con respuestas que movilizan a la comunidad en su conjunto y en las que son los y las pobladores los protagonistas de la intervención

(Montero, 2004 y 2006; Gofin & Levav, 2009). Se trata de un proceso que desde el primer encuentro genera reconocimiento y desde ahí busca facilitar procesos de cambio conducentes a un mejor bienestar. Es así que la intervención busca facilitar la agencia de los pobladores a través de un ciclo de reflexión-acción (Freire, 2005 y 2003). La acción transformativa pasa por un proceso crítico; es decir, reconocer un nosotros y crear una narrativa colectiva que integre, por un lado, los procesos de dolor y pérdida, pero que a la vez reconozca las fortalezas de individuos y comunidades.

La propuesta del mural de San José de Conchacalla no solo representa estas relaciones opresoras, sino que al darle un lugar en su comunidad y poder transmitir las —en este caso a través del dibujo colectivo— fomenta el trabajo de la comunidad en la elaboración de sus propios conflictos, en la asunción de sus historias y en propuestas de solución a los mismos. Finalmente, es importante entender, que no podemos recuperar a los individuos sin recuperar el entorno en el que viven y las relaciones que se desarrollan entre las comunidades.

Benjamín plantea que la dominación implica un dominador y un dominado, es decir, no es un problema de lugares ni de actores diferenciados, sino que es un problema que se genera en la relación (1998). Por ello, las intervenciones comunitarias son la posibilidad de generar una relación diferente a partir de un encuentro basado en el reconocimiento.

Nuestro enfoque trasciende lo intrasubjetivo y pretende colocarse desde la intersubjetividad, en la que existen dos y un espacio de intercambio desde el cual trataremos de encontrarnos, recreando un nuevo sujeto, un nuevo nosotros. Entonces, en cada encuentro estas subjetividades se recrean y se reconocen en sus diferencias y semejanzas. Sin embargo, no se trata de un encuentro exento de fisuras y tensiones. La exclusión histórica y la discriminación cotidiana de un sector de la población, en este caso, hombres y mujeres afectados por el CAI, están presentes en la relación. No obstante, en este proceso, tenso,

conflictivo, emerge un nuevo nosotros, que reconoce positivamente sus capacidades de relacionarse de forma diferente.

Por lo anterior, se plantea que las intervenciones en salud mental comunitaria buscan una nueva forma de redefinirnos a través del encuentro que se realiza con los otros. Efectivamente, el mural de San José de Conchacalla se origina en una producción colectiva: todos se sienten representados y, simultáneamente, se sienten dueños del proceso. De modo que este recuerdo, si bien es doloroso, como en el caso del primer material, es un proceso acompañado. El encuentro se basa no solo en escuchar sino en también ser parte del proceso del recuerdo.

En la intervención comunitaria se logra trabajar la idea de que la recuperación del pasado es imprescindible, pero, al mismo tiempo, se enfatiza que este recordar no deberá regir el presente; por el contrario, el presente le otorgará al pasado el uso que juzgue pertinente, pues también existe el derecho al olvido. Esto no quiere decir que las personas puedan actuar de manera irreflexiva, pues siempre nuestra identidad actual estará construida en base a imágenes que los sujetos tienen de su pasado (Jelin, 2002). Por ello, en situaciones posconflicto, el trabajo en la construcción de una memoria colectiva, de carácter inclusivo, permitiría a los participantes encontrar aquellas historias que les permitan organizar su pasado, pero, al mismo tiempo, facilitaría la resignificación de la historia en común (Licata, Klein, Gély, Zubieta & Alarcón-Henríquez, 2011) lo que, consecuentemente, llevaría a sentar cimientos para la reconstrucción del tejido social.

Se resalta que el trabajo de intervención en San José de Conchacalla se enmarca dentro de los principios fundamentales de la psicología comunitaria (Dalton & Wolfe, 2012). En este sentido, los facilitadores identifican, sobre la base de un modelo ecológico, los procesos dolorosos como los recursos al interior de la comunidad. Además, facilitan el proceso de articulación de narrativas que permiten generar una historia compartida. Este trabajo se caracteriza por la participación de la comunidad en la toma de decisiones: qué es lo que se quiere o puede contar

y cómo se van a expresar estas narrativas. Por tanto, el equipo facilitador se convierte en un puente entre diversos actores, en pos de generar una narrativa que integre diferentes maneras de entender y elaborar el CAI.

6. REFLEXIONES FINALES PARA SEGUIR CONSTRUYENDO

- La violencia sigue afectando a las víctimas y al conjunto de la sociedad; las secuelas del CAI siguen presentes en las relaciones humanas y continúan deteriorando el tejido social. Por ello, es necesario el trabajo en torno a la memoria colectiva que permita (re)conocer a los diferentes actores y las diferentes vivencias a través de propuestas de intervención en salud mental comunitaria.
- La interculturalidad implica construirnos como un país que se reconozca positivamente como multiétnico, pluricultural y multilingüe, en los ámbitos personal y social. El reconocimiento positivo de la diversidad cultural es un reto que debe ser asumido por todos, no solo como una apuesta personal, sino política, ya que el CAI se alimentó de esa negación tanto por parte de las fuerzas estatales como de los militantes senderistas. Por ello, conocer las formas simbólicas de procesar la experiencia de la violencia por parte de comunidades campesinas implica una escucha intercultural y la construcción de un diálogo horizontal entre iguales.
- Apostamos por un modelo de salud mental comunitaria basado en relaciones y vínculos diferentes: construir un diálogo inclusivo fundado en el reconocimiento. Para ello se requiere una opción ética y política por la transformación social. Mediante la participación se construye la posibilidad de pelear por el reconocimiento y demandar una intervención desde lo comunitario. Las dramáticas diferencias entre los dos materiales o documentos gráficos expresan el valor cualitativo de una intervención política

de la psicología comunitaria y sus efectos positivos contruidos conjuntamente con la población involucrada.

- Un proceso crítico de transformación de las relaciones deshumanizantes tiene inherentemente un carácter político, puesto que lo que busca es re-significar aquellas relaciones que no reconocen al otro a través de acciones concretas que generen cambios sistémicos.
- La salud mental es un derecho humano y la salud mental comunitaria es una alternativa de política pública, clave en países multiculturales y con experiencias históricas de dominación y violencia muy arraigadas. El CAI agudizó los problemas de salud mental; en consecuencia, estos necesitan ser enfrentados desde una mirada integral, que incluye variables sociales, políticas, culturales, económicas, entre otras.
- Ambas experiencias y sus testimonios gráficos y discursivos nos permiten dar cuenta de la importancia del reconocimiento positivo de la diversidad y sus formas culturales híbridas; ellos ejemplifican el valor de la intersubjetividad en el marco del desarrollo de programas de salud mental comunitaria.
- Los programas de salud mental comunitaria constituyen una estrategia política de intervención social en áreas afectadas por la violencia política. Ellas posibilitan la revalorización del sujeto ya no como víctima, sino como actor intersubjetivo de la memoria colectiva. El empleo de materiales no convencionales y su combinación gráfica y discursiva crean nuevos diálogos y producen nuevos significados sobre la experiencia y la historia del CAI.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrantes, Rafael & Jesús Peña (2006). Narrativas sobre el conflicto armado interno en el Perú: la memoria en el proceso político después de la CVR. En Félix Reátegui (coord.), *Transformaciones democráticas y memorias de la violencia en el Perú* (pp. 15-40). Lima: IDEHPUCP.
- Benjamín, Jessica (1988). *Lazos de amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamín, Jessica (1998) *Shadow of the Other. Intersubjectivity and Gender in Psychoanalysis*. Londres: Routledge.
- Bollas, Christopher (1987). *La sombra del objeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, Pierre (1996). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Castellón, Roxana & Lisa Laplante (2005). *Afectados por el conflicto armado interno del Perú: exigiendo el derecho a la salud mental*. Lima: CARE.
- Comisión de Entrega de la CVR (2004). *Hatun Willakuy. Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Lima: Comisión de Entrega de la CVR.
- CVR-Comisión de la Verdad y la Reconciliación (2003). *Informe Final*. Lima: CVR.
- Dalton, Jim & Susan Wolfe (2012). Competencies for Community Psychology Practice: Society for Community Research and Action. *The Community Psychologist*, 45(4), 7-14.
- Dobles, Ignacio (2009). *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. San José: Arlekin.
- Dussel, Enrique (1999). Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales. *Revista Pasos*, 84, 17-30. <http://www.ceapedi.com.ar/imagenes/biblioteca/libros/104.pdf>. Fecha de consulta: 10/1/14.
- Freire, Paulo (2003). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI.
- Freire, Paulo (2005). *Education for Critical Consciousness*. Nueva York: Continuum International Publishing Group.
- Gofin, Jaime & Itzhak Levav (2009). Del examen preliminar de la comunidad al diagnóstico comunitario de salud mental. En Jorge Rodríguez (ed.), *Salud mental en la comunidad* (pp. 51-70). Washington DC: OPS.

- GTSM-Grupo de Trabajo de Salud Mental de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos (2006). *Salud mental comunitaria en el Perú: aportes temáticos para el trabajo con poblaciones*. Lima: Proyecto Amares Perú.
- Halbwachs, Maurice (1992). *On Collective Memory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Halbwachs, Maurice (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Hombrados-Mendieta, María Isabel, Luis Gómez-Jacinto, Juan Manuel Domínguez-Fuentes & Patricia García-Leiva (2013). Sense of Community and Satisfaction with Life among Immigrants and the Native Population. *Journal of Community Psychology*, 41(5), 601-614.
- Jara, Lupe (2007). Representaciones sobre el maltrato infantil en niños limeños y andinos a través de sus dibujos. *Transiciones: Revista de la Asociación Peruana de Psicoterapia Psicoanalítica de Niños y Adolescentes*, 12, 103-113.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Laplante, Lisa & Myriam Rivera (2006). The Peruvian Truth Commission's Mental Health Reparations: Empowering Survivors of Political Violence to Impact Public Health Policy. *Health and Human Rights*, 30(2), 136-163.
- Lewis, Judith, Michael Lewis, Judy Daniels & Michael D'Andrea (2001). *Community Counseling: Empowerment Strategies for a Diverse*. California: Brook/Cole.
- Licata, Laurent y otros (2011). Memoria de conflictos, conflictos de memorias: un abordaje psicosocial y filosófico del rol de la memoria colectiva en los procesos de reconciliación intergrupala. En Darío Páez y otros (eds.), *Superando la violencia colectiva y construyendo cultura de paz* (pp. 353-376). Madrid: Fundamentos.
- Martín-Baró, Ignacio (2000). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: UCA.
- McMillan, David & David Chavis (1986). Sense of Community: A Definition and Theory. *Journal of Community Psychology*, 14(1), 6-23.
- Montero, Maritza (2004). *Introducción a la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.

- Montero, Maritza (2006). *Hacer para transformar. El método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Montero, Maritza (2010). *Sujetos políticos y acción comunitaria*. Colombia: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Mujica, Luis (2008). La impunidad: síntoma de una «enfermedad mental». *Memoria. Revista sobre Cultura, Democracia y Derechos Humanos*, 3, 21-32.
- Páez, Darío y otros (2007). Memoria colectiva y social. En José Morales y otros (coords.), *Psicología social* (pp. 693-716). Madrid: McGraw-Hill.
- Palacio, María Cristina (2006). *Las masculinidades una necesidad urgente de nombrarlas*. Ponencia presentada en el seminario-taller internacional «Violencia de género y masculinidades» en Cochabamba.
- Pedersen, Paul, Robert Carter & Joseph Ponterotto (1996). The Cultural Context of Psychology: For Accurate Research and Appropriate Practice. *Cultural Diversity and Mental Health*, 2, 205-216.
- Reátegui, Félix (2010). Las víctimas recuerdan. Notas sobre la práctica social de la memoria. *Memoria Revista sobre Cultura, Democracia y Derechos Humanos*, 7, 9-21.
- Rifkin, Susan & Pat Pridmore (2001). *Partners in Planning: Information, Participation and Empowerment*. Londres: Macmillan.
- Río, María Luisa del & María del Pilar Moreno-Jiménez (2012). Place Identity and Residential Satisfaction: Differences between Native and Immigrant Populations. *Psycology: Revista Bilingüe de Psicología Ambiental*, 3(1), 75-86.
- Rivera, Miryam & Tesania Velázquez (2008). Salud mental en el Perú: develando carencias y planteando retos. *Memoria. Revista sobre Cultura, Democracia y Derechos Humanos*, 3, 33-44.
- Rodríguez, Jorge (2009). Violencia y Salud Mental. En Jorge Rodríguez (ed.), *Salud mental en la comunidad* (pp. 257-267). Washington DC: OPS.
- Santisteban, Fryné (2008). Trazos sobre salud mental desde las resonancias psíquicas de la vida social en el Perú. *Memoria. Revista sobre Cultura, Democracia y Derechos Humanos*, 3, 9-20.

- Theidon, Kimberly (2004). *Entre prójimos. El conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima: IEP.
- Thorne, Cecilia y otros (2011). *Buenas prácticas en la prevención y atención de la violencia social. Sistematización de la labor realizada por instituciones y organizaciones peruanas*. Lima: PUCP.
- Velázquez, Tesania (2007a). Reconociendo y reconstruyendo subjetividades. El encuentro con Manta. En Maruja Barrig (ed.), *Fronteras interiores. Identidad, diferencia y protagonismo en las mujeres* (pp. 121-140). Lima: IEP.
- Velázquez, Tesania (2007b). *Salud mental en el Perú: dolor y propuesta. La experiencia de Huancavelica*. Lima: CIES-CARE-PCS.